

La fuente de la vida

por Eesha Sardesai

Recuerdo que una vez, hace aproximadamente un año, Gurumayi me dijo que es una logófila, una amante de las palabras. Sonreí cuando lo dijo, pues había a la vez algo increíblemente profundo y adorable en el hecho de que mi Guru fuera una logófila. Me pareció la más natural extensión de una verdad que Gurumayi ha enseñado durante mucho tiempo: que las palabras que usamos y cómo las usamos tienen un impacto profundo y de gran alcance en nosotros y en quienes nos rodean. Nuestras palabras reflejan quiénes somos. Dan forma a los mundos que creamos. Debido a las palabras, la gente va a la guerra. Debido a las palabras, la gente forja la paz.

Fue Gurumayi quien primero llamó mi atención sobre lo serenamente extraordinaria que es la palabra *madre*. Habiéndola usado a lo largo de mi vida, o alguna variación de ella –mami, *Aai* en la lengua maratí o cualquier apodo temporal que mi hermano y yo eligiéramos en algún momento de nuestra etapa de crecimiento–, tuve un pequeño indicio de su poder. Ciertamente, cuando era niña tenía un sentido instintivo de su utilidad. “Mamá”, “Aai”, “Mā”, “Mami” eran maneras seguras de llamar su atención, más aún cuando la voz que la llamaba con estos nombres era dulce y seráfica. Al ir creciendo aprendí más sobre esta palabra por Gurumayi, de sus charlas y poemas y de la sabiduría que me ha impartido a lo largo de los años, y empecé a comprender que había mundos enteros de sentido y significado en ella por explorar.

Algo en particular que Gurumayi me ha compartido es cómo se usa la palabra *madre* para describir lo que es mejor, lo que es grandioso, lo que es eminentemente digno de alabanza y exaltación. Es el superlativo máximo; garantiza que las personas comprendan el valor de aquello que se describa con ella. La *Tierra*, el planeta azul brillante que flota en el espacio, o la tierra húmeda bajo los pies se convierten en la *Madre Tierra*, sabia y omnisciente, siempre dando, creciendo, regenerándose. La *naturaleza*, que podría referirse a cualquier

lugar con plantas y animales, se convierte en la *Madre Naturaleza*, vasta y variada, infinitamente compasiva y merecedora de nuestra atención, respeto y protección. Cualquier cosa que sea preeminente o que denote nuestros orígenes –quiénes somos y de dónde venimos– también puede llevar su venerable nombre. *Lengua madre. Madre patria.*

El singular poder de la palabra *madre* se debe en parte a que es inherentemente relacional. Hay muchos sustantivos y adjetivos que podrían usarse para describir a alguien o algo que es poderoso, sabio o enriquecedor. Sin embargo, lo que distingue al término *madre* es evidente desde su definición. Una madre es *alguien maternal*. Se la define por su conexión con sus hijos. Tan pronto como llamamos a alguien o algo “madre”, nos identificamos como sus hijos. Le indicamos que de alguna manera le pertenecemos; que somos reflejo y resultado de ella; que ella está investida en nosotros, y nosotros en ella, y que en algún nivel primordial hemos forjado un vínculo que no se puede romper.

Visto desde este ángulo, tiene sentido que reservemos el uso de esta palabra solo para quienes más la merecen: quienes nos han dado vida e identidad, de una manera u otra. También podríamos ser juiciosos respecto a quién llamamos “Madre” debido a lo compleja y multifacética que puede ser la relación madre-hijo. Solo con ciertas personas y cosas entablaríamos voluntariamente tal relación y depositaríamos la confianza necesaria. Recientemente, Gurumayi me comentó que había notado que, en inglés, la palabra *sofocar* suena como *madre*: *smother* y *mother*. Etimológica y semánticamente las dos palabras no están relacionadas, pero el hecho de que el término “sofocar” en inglés contenga la palabra “madre” –y de que estas palabras a veces se combinen entre sí– invita a una mayor investigación. En general, la impresión de que nos están asfixiando, de que nuestra madre está afectando de alguna manera nuestra libertad, deriva de una falta de comprensión. Cuando no estamos en el lugar de una madre puede ser difícil ver cómo sus acciones, aun aquellas con las que no estemos de acuerdo, son una expresión de su cuidado por nosotros, de su preocupación y amor.

En la India, el uso de la palabra *madre* como designación del más alto honor tiene una larga historia. Muchos santos, por ejemplo, se han dirigido a su Guru como “Madre”. Namdev y Eknath Maharaj, quienes eran también estimados santos poetas de Maharashtra, llamaban a Jñaneshvar Maharaj por el nombre de *Mauli*, término de profundo afecto en maratí que significa “madre amorosa”. Hasta el día de hoy la gente en Maharashtra habla de Jñaneshvar Mauli y se puede escuchar a los devotos de los poetas santos de Maharashtra cantando “*Jnaneshvar mauli, jnāna-rāja mauli*” en su peregrinación anual a Pandharpur.

Incluso a los dioses y deidades de la tradición de las escrituras indias se les ha dado el nombre de “Madre”, o bien se les describe con un lenguaje que evoca la maternidad. Jñaneshvar Maharaj compuso *abhangas* en los que él mismo se refiere al Señor como *Aai* o “Madre”. En uno de ellos, canta: *Vithāi kithāi, mājhe Krishnāi Kānhāi*, agregando *aai* a diferentes nombres del Señor Vishnu (es decir, a Vitthal, Krishna y Kanha, que es otro nombre del Señor Krishna).

También está el *garbha graha*, una característica clave de todos los templos construidos en honor a las deidades de la tradición india. El término “*garbha*” en *garbha graha* tiene la misma raíz que la palabra “útero” en sánscrito (*garbhāshaya*) y, como característica arquitectónica de los templos, es el área similar a la de una alcoba en la que se aloja la deidad y ante la cual el devoto acude a recibir *darshan*. El vínculo lingüístico es importante, pues sugiere que, así como el útero de una madre es el espacio del que surge la vida, también la deidad es la fuente de algo, en este caso, el mundo manifiesto. En Occidente, el término que corresponde a *garbha graha* es el latín *sanctum sanctorum*, y casi parece subrayar el punto. *Sanctum sanctorum*, que es la traducción de una frase hebrea que se refiere al lugar más sacrosanto del tabernáculo judío, significa “el más sagrado de los lugares santos”.

La reverencia a las madres, como lo ilustra el uso de este apelativo para designar a quienes ejercen el mayor impacto y la más grande influencia en

nuestras vidas, se relaciona con una tradición más amplia –en la India, especialmente– de honrar a la *shakti* o energía femenina.

Esto se refleja, quizá ante todo, en el lenguaje. Las palabras en varios de los idiomas indios tienden a presentarse en forma masculina o femenina, según a lo que se refieran. En general, las palabras para denominar las cosas consideradas bellas, poderosas, fuertes o virtuosas son gramaticalmente femeninas. En hindi, urdu, sánscrito, estas incluyen palabras como *āshā* o esperanza; *shraddhā* o fe; *bhakti* o devoción; *kshamā*, perdón; *karunā*, compasión; *dridhatā*, determinación; *sundaratā*, belleza; *roshnī*, luz; *hansī*, risa; *muskurāhat*, sonrisa; *chāndanī*, luz de la luna; *shānti*, paz y *khushī*, felicidad. Muchas personas en la India usan palabras como estas para nombrar a sus queridas hijas.

A la *shakti* femenina o energía se le brinda constantemente un lugar destacado en los lugares de culto y también en las obras de arte religiosas y espirituales. Hay muchos templos dedicados específicamente a las formas de la Diosa: imponentes maravillas arquitectónicas, como el Templo Meenakshi en Madurai, Tamil Nadu, que honra una forma de Parvati; renombrados lugares de peregrinaje, como el Durga Mandir, de color rojo vibrante, en Varanasi; o incluso el templo de la diosa Vajréshwari en el pueblo de Vajréshwari, Maharashtra, cerca de Gurudev Siddha Peeth.

A su vez, un templo dedicado a una deidad masculina siempre incluirá un santuario para la consorte de esa deidad. A veces, la consorte estará situada en el mismo santuario que la deidad principal, de pie junto a él. Donde haya adoración al Señor Vishnu, habrá adoración a Mahalakshmi. Cuando se rinde homenaje al Señor Shiva, también se ha de honrar a la Diosa Parvati. El Señor Vitthal siempre se representa con Rakhumai. En la India se dice que sin Shakti no hay Shiva: sin su contraparte femenina los *devas*, los dioses masculinos, no están completos. La energía femenina, encarnada en su consorte, es esencial para que ellos lleven a cabo la incesante creación, sustento y disolución de este mundo. Sin esta energía simplemente carecen de la *shakti*, la fuerza y el poder para hacer este trabajo.

La impresión general que podemos tener al considerar el modo en que se describe la energía femenina en tradiciones como las de la India, y desde nuestras propias perspectivas sobre lo femenino, es que esta energía es lo que hace que las cosas *funcionen* en el mundo, mientras que al mismo tiempo dota al mundo de una exuberancia y una belleza que hacen que valga la pena vivir en él. Gurumayi me ha compartido, por ejemplo, cómo suele cautivarla el movimiento curvo de una flor y sus pétalos, y que lo que la hace tan cautivadora es el hecho de ser la expresión de la *shakti* femenina.

La madre o quien encarne las cualidades de una madre es, en muchos sentidos, el modelo de esta *shakti*. Es la imagen de la fortaleza para sus hijos. Su belleza es la primera que conocerán, y sus cualidades y contornos permanecen grabados en su conciencia a lo largo de sus vidas. (Mahatma Gandhi dijo una vez: “Puede que sea posible dorar oro puro, pero ¿quién puede hacer más bella a su madre?”). Ella es pura de carácter, pureza nacida del altruismo de sus intenciones, de su generosidad incansable con quienes tiene a su cuidado. Ella es sinónimo de seguridad, pertenencia, aceptación incondicional y confianza; es, en sí misma, un hogar.

He aprendido de Gurumayi a desarrollar una conciencia de cómo las personas de diferentes culturas describen un concepto o una idea determinada: qué palabras usan, cómo estas palabras se relacionan y se diferencian entre sí, qué matices de significado proporciona cada una y cómo todas estas connotaciones variadas nos ayudan lograr una comprensión más profunda del concepto en cuestión. Gurumayi a menudo ha destacado las palabras que la gente usa para referirse a su madre. Lo que me ha parecido notable es cuán similar es la palabra madre en todos los idiomas. En hindi, la gente dice “Mā” o “Mātā”. En inglés, “Mother”, “Mom”, “Mamma”. En español, “Madre” o “Mamá”. En alemán, “Mutter”, “Mama”, “Mami”. Esta palabra tiene un aspecto universal, tal como aparece en diferentes idiomas, que parece reflejar de manera implícita la universalidad del papel que desempeña una madre en la vida de un niño. No importa quién sea ni de dónde sea: una madre es una madre es una madre.

En el sendero de Siddha Yoga también usamos la palabra *madre* para describir lo que más amamos. Recientemente, estaba hablando con Swami Vasudevananda, un monje de Siddha Yoga y maestro de meditación que ha estado sirviendo a Gurumayi durante casi cuarenta años, y me contó la historia de cómo Gurumayi llegó a ser conocida como “Gurumayi”.

Era el otoño de 1983 y Gurumayi residía en Gurudev Siddha Peeth. En ese entonces todos se dirigían a Gurumayi como “Swami Chidvilasananda” o “Swami ji”. A Swami Vasudevananda, quien solía ser anfitrión u orador en los *sátsangs* con Gurumayi, le resultaba cada vez más incómodo dirigirse al Guru de la misma manera en que lo haría a un Swami, y a la gente también le resultaba desconcertante escucharlo. Entonces, Swami Vasudevananda, junto con algunos otros, comenzaron a pensar en otras posibilidades de nombres para sugerírseles a Gurumayi de modo que su título fuera distintivo y tuviera el peso apropiado. También estaban buscando un nombre suficientemente conciso y memorable que fuera fácil de pronunciar, pues, al fin y al cabo, eran *bhaktas* o devotos ardientes que rezaban al Guru con frecuencia; así que, cuanto más corto el nombre, más pronto darían frutos sus oraciones. ☺

Una tarde, Swami Vasudevananda estaba participando en una sesión de práctica musical en una de las salas de *sátsang*. Ese día, él y sus compañeros músicos estaban aprendiendo un *abhang* de un santo poeta contemporáneo de Maharashtra llamado Tukadyadas, a quien Baba Muktananda había conocido durante sus viajes por la India como *sādhaka*. El *abhang* se llamaba *Āvadalī Gurumayi*.

“Gurumayi” significa “Guru-madre” en la lengua maratí (así como en otros idiomas de la India, como el hindi). También está estrechamente relacionada con otra palabra que significa “alguien que es la encarnación del principio del Guru”.

Justo cuando Swami Vasudevananda estaba leyendo esta palabra y su traducción en la hoja de cantos, la puerta de la sala de *sátsang* se abrió. ¡Era

Gurumayi! Miró por un momento la sesión de práctica y sonrió a Swami ji antes de cerrar la puerta nuevamente.

A la mañana siguiente, Gurumayi estaba sentada en el patio y Swami Vasudevananda se acercó para recibir *darshan*. En sus manos llevaba la lista de nombres que le iba a sugerir a Gurumayi.

Después de ofrecer *pranam*, Swami Vasudevananda se acercó un poco más a Gurumayi. Había mucha gente sentada alrededor y acercándose para recibir *darshan* y no quería que nadie lo escuchara. Habló en voz baja y con gran humildad:

—Quiero compartir algo contigo —dijo—. Y es que no podemos seguir llamándote “Swami ji”.

Gurumayi miró a Swami Vasudevananda con curiosidad.

—¿Sí? —le dijo ella.

—He venido preparado para mostrarte algunos nombres que serían apropiados para dirigirnos a ti —dijo Swami Vasudevananda.

—Continúa —dijo Gurumayi.

Swami Vasudevananda miró el papel que había llevado con los nombres. Hizo una pausa. Por alguna razón no pudo leer todas las opciones enumeradas; no se atrevía a decirlas. Lo único que pudo decir fue: “¿Podemos llamarte Gurumayi, por favor?”.

Swami Chidvilasananda cerró los ojos. Muy levemente, se balanceó de un lado a otro. Después de unos momentos, se volvió hacia Swami Vasudevananda. Su expresión era tierna, con una profundidad infinita en los ojos. Suavemente, dijo: “Sí. Pueden llamarme Gurumayi. Díselo a todos”.

Gurumayi se fue del patio poco después. Mientras la multitud se dispersaba, Swami Vasudevananda se dispuso a actuar en el sentido que le había dado Gurumayi. La primera persona con la que habló fue Dada Yande, un devoto de los Gurus de Siddha Yoga que durante décadas había vivido y ofrecido *seva* en Gurudev Siddha Peeth. Tan pronto como Dada Yande escuchó el nombre, comenzó a bailar y a cantar allí mismo en el patio: “¡Gurumayi! ¡Gurumayi! ¡Gurumayi! “.

En poco tiempo, al ir la gente levantando emocionada los auriculares de sus teléfonos fijos y llamando a todos y cada uno de los devotos de Siddha Yoga que conocían, se corrió la voz. Como una constelación de luz expandiéndose sin límite, iluminando casa tras casa, pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, el nombre viajó por todo el mundo.

A partir de entonces, Swami Chidvilasananda sería llamada *Gurumayi*.

